

precario, de su libertad y la de la otra persona... la amistad es respetuosa: el amigo no establece, por lo que respecta a la dimensión de libertad de la otra parte sino relaciones de simpatía no trata de adueñarse del otro, sino de comprenderlo". Es de esta forma cómo Reyes Nevárez, al trazar las grandes líneas características de la amistad como dimensión fundamental de lo socio-mexicano y enriquecer el esbozo con los detalles del grupo amistoso "relajiento", de la amistad "político-lambiscona" y de la amistad rencorosa, descubre la forma de entrelazamiento fuertemente *personal* de las relaciones sociales en México que "si ha admitido las ideas sociológicas modernas no ha hecho perder al individuo su estructura íntegra de ser humano o convertirse en cifra para las estadísticas, pieza intercambiable para la industria o unidad de fuerza para el ejército, ya que el individuo mantiene su valor propio, su categoría personal. La amistad, tan fuertemente sentida por los mexicanos... es en muy buena medida la causa de esa persistencia de México en el humanismo que, en otras partes del mundo, va gastándose y declinando".

GARIZURIETA, CÉSAR, *Isagoge sobre lo Mexicano*. Colección México y lo Mexicano. (8). Porrúa y Obregón. México, 1952.

En esta colección sobre México y lo mexicano de que venimos hablando hace ya unos centenares de renglones, abundan los atisbos, los vislumbres, las hipótesis de trabajo que se plantean como leyes de carácter general para ponerse, inmediatamente después en función del caso concreto, dando por sentada su validez sin mayores pruebas, con base en una certidumbre intuitiva de tipo artístico.

No obstante esto, las hipótesis mismas se tornan valiosas a la luz de sus posibilidades de plena confirmación, de fijación de su verdadero ámbito de validez o, incluso, de su rectificación. Se ofrecen, por tanto, como un racimo cuyo valor radica en su calidad de puntos arranque despertadores del espíritu inquisitivo a la inquietud. Que dichos estímulos precedan de la dedicación artística de un autor no puede extrañar pues, al fin y al cabo, en la raíz de toda labor descubridora de leyes se encuentra el chispazo de la inspiración *poietica* o poética (valga decir creadora, que todo es una y misma cosa) al que, como primer momento, importa subsiga uno segundo en que el individuo, bien herramentado con los recursos de la técnica, cree —al hacerla humana poniéndola en palabras— la relación entre las cosas que se plasma en ley científica o en manifestación artística.

A ese orden de estímulos de la creación científica, faltos en muchos casos del dominio de una técnica que las abundantes lecturas del autor no suplen, corresponden algunas afirmaciones generales hechas por Garizurieta en su trabajo. La primera de las que se ofrece a nuestros ojos es la relativa al mestizaje.

En el mestizaje —Garizurieta afirma— de las dos corrientes etno-culturales que convergen, se ponen en contacto y se conjugan, predomina aquella que se nutre del espíritu de la tierra, del paisaje exterior y del paisaje interior del sentimiento, y ello, gracias a la conservación de las vivencias existenciales que, productos de la tierra, succionan sus juegos y de ellos se sustentan.

El rastro, indudablemente, sería interesante de seguir en la historia, tanto en la pre-visión de los casos confirmatorios como en el de los derogatorios, en el de pueblos resultado de un mestizaje antiguo como en el de los resultantes de uno reciente, en el de aquellos cuyo proceso

de mestización culmina tanto como en el de aquellos que caminan por sus vías o de los que inician el camino procesal de la miscigenación. Interesante porque, probablemente, se encontraría que la hipótesis de trabajo de Garizurieta, aplicable en unos casos, no lo sería en otros, cierta en unas fases no lo sería en otras y que, quizás, la revisión nos condujera a algo así como una afloración psico-social de algo devenido inconsciente, o la vigencia —en un campo más amplio— de las teorías del *substratum* o de los *substrata* caras a los preocupados de la filología. Y, en habiendo confirmación o rectificación de lo afirmado, la subsunción del caso concreto en la ley o su patente inadecuación respecto de ella nos harían saber el grado en el que debemos aceptar lo dicho por Gorizurieta con respecto a México, y, según lo cual “la Conquista fué una estaca que sirvió de injerto: el de la cultura española renacentista; se agregaron pequeños caracteres, pero siguieron conservándose todas las vivencias existenciales que produce la propia tierra” Tal conclusión se liga íntimamente con otra afirmación suya, según la cual “el mexicano está regido por sus sentimientos que, a su vez, rigen la concepción de su mundo existencial”.

Cosmo— y antropro-visión es ésa del mexicano teñida del sentimiento a la que se agrega la del sentimiento de inseguridad que embarga al mexicano, y que según la hipótesis inicial o cuasi inicial de estos ensayos, radicaría en la vivencia existencial producida por la tierra sobre los hombres que la habitan hoy como sobre los que la habitaron ayer; especialmente, deberemos agregar, sobre quienes la habitaron antes de la Conquista. Influencia, por tanto, del medio telúrico y cósmico todo y no del solo terreno de la economía como en la parla consciente pretende mostrar Garizurieta influido quizás de marxismo cuando afirma que

“el mexicano padece de un sentimiento de inseguridad, resultado de su economía” y agrega que “hasta en el campo de lo literario es tímido y, cuando se atreve a usar palabras de su país, que son de su creación, suele levantarlas con las muletas de las comillas”. Y, en esto último tal parece que vemos conjugarse —“malévolamente” diríamos de creernos en un mundo demoníaco— las oscuras fuerzas de la tierra con las oscuras fuerzas del cielo: la economía que produce un sentimiento general de inseguridad manifiesto incluso en el lenguaje (escrito o hablado) y la gramática de un idioma extraño a la gestación vivencial y telúrica del hombre americano ya que —conforme al pensamiento de Garizurieta— “la herencia psicológico-lingüística natural hace que el mexicano tenga condicionados sus mecanísmos cerebrales para hacer usos elípticos en sus construcciones idiomáticas. Estamos más capacitados para dominar el Inglés sintético que el Español, pleonástico”. Sin embargo, precisa no olvidar que esa predisposición que el autor adscribe al mexicano para determinadas formas expresivas se basa en un concepto bastante alejado de la realidad de lo que son muchas de nuestras lenguas indígenas, sustrato lingüístico de nuestro pueblo.

En el mismo nivel de la lingüística como elemento de diagnóstico mental y social surgen dos caracterizaciones anti-téticas: la del indígena y la del mestizo ya que, y preferimos citar a la letra, “en pueblos donde abunda el elemento indígena continúan usándose palabras o giros del lenguaje de los españoles del siglo XVI. Por el contrario, el mestizo es muy dado a alterar el primitivo significado de las palabras”. Se nos ocurre preguntar ¿No podríamos explicarnos esto por una manera de gran oleada que de pronto cubre una gran extensión de costas y, al retirarse, deja prisioneros en la arena materiales que llevaba consigo y que re-

sultarán en el futuro inalterables por él en tanto que los que con él se retiraron se encuentran sujetos a los cambios que ocurren en su seno?, y el repentino surgir de elementos antiguos —ese a modo de Renacimiento que se da en las artes y en las lenguas de allende y de aquende el mar—, en paralelo geológico ¿no alcanzaría a ser como ese aparecer de fósiles marinos en las altas cumbres europeas que, milenios atrás formaban el lecho submarino?

La inquietud se fortifica en cuanto, líneas adelante, Garizurieta habla de la Revolución Mexicana y concibe a la revolución como “mutación violenta de la especie para precipitar su evolución”, y a la mexicana como “transformación acelerada de las vivencias específicas del indígena”. ¿No se vislumbra quizás en esto una aplicación cuántica en la explicación de los mecanismos sociales? Porque ¿por qué en 1910 y no antes se acelera el ritmo de esas vivencias y se produce la mutación? Aún a fuer de preguntas que se le plantean, las mismas resultan valiosas para el sociólogo y para el historiador social principalmente.

Con todo, el tema de la revolución no se agota en su instancia sugerente, sino que —en otra parte— vuelve a abarcarse por el lado del contraste con la guerra, “fuerzas o choques de intereses humanos que, aparentemente, se confunden por manifestarse ambas, objetivamente, en destrucción y muerte, pero entre las que median diferencias profundas: la guerra representa orden, disciplina y respeto a la ley; la revolución es un momentáneo desorden de los valores sociales y morales, y marcha contra lo preestablecido. La guerra descansa en una razón, en una reflexión; la revolución nace en lo profundo de los sentimientos. Con relación al tiempo, la guerra es tiempo pasado; la revolución, futuro; en la revolución todo está por hacerse; en la guerra,

todo está hecho. Para preparar la razón bélica hay que resucitar el pasado, con sus gestas guerreras, los héroes epónimos, las banderas desgarradas por las balas de hechos pasados, los viejos prestigios enterrados en la historia y las arcaicas y marchitas ideas en que ya nadie cree. La guerra es simplemente la desolación y la muerte; la revolución es el amor por los demás, son las fuerzas constructivas y destructivas que usa la especie humana para permanecer indefinidamente en el tiempo y en el espacio”.

La consideración del fenómeno revolucionario en general parece alejar a Garizurieta de la concreción mexicana y, sin embargo, esto no es así ya que la misma Revolución Mexicana, las ideologías y la constitución social que conformaban a México previamente, y las corrientes ideológicas venidas de fuera que tras la revolución tratan de conformarlo (feudalismo, liberalismo, capitalismo, socialismo) se han mostrado todavía, a sus ojos, como incapaces de crear el tipo del mexicano. Si esto es así, nada de extraordinario tiene el que, según él mismo afirma en otra parte, la literatura mexicana no haya creado el personaje representativo del tipo mexicano para caracterizarlo desde el punto de vista psicológico-social ya que esto depende exclusivamente de que la literatura no haya penetrado en la raíz misma del pueblo, sino del hecho de que el retratado mismo (o, quizás sería preferible decir “el sujeto por retratar”) no existe todavía, porque el mexicano no ha cuajado en un tipo dado, sino es algo deviniente, algo en proceso de formación. ¿Podrá extrañar tampoco el que, como asienta Garizurieta, algunos escritores mexicanos hayan acertado con determinados trazos, rasgos típicos del mexicano? Claro que no, porque esos son los que en una interacción final han de caracterizar al pro-

ducto humano-social que aún hoy, en México, se forja, o se está forjando.

El propio Garizurieta ha hallado un representativo del mexicano en Cantinflas y ha hecho de él, en su carácter de tal un estudio circunstanciado que vale tanto o más que las restantes páginas de sus ensayos; pero al mismo Garizurieta no pudo escapar que la representatividad de Cantinflas no es total y que, a su lado, aun en el contraste hay que colocar otras figuras y, en el sector cómico, si bien resultaría desconcertante tomar como elementos de representatividad a Ricardo Bell "payaso inglés propio para la dictadura porfirista por sus chistes sin ponzoña social", y a L. Beristain el payaso "ranchero ideal propio para turistas", no hay por qué dejar de lado como parece hacerlo análogamente Garizurieta a Roberto Soto, cómico "producto de la burguesía con el que ésta rie de sus propios defectos", ni a Tin-Tan "creación momentánea del pochismo con su expresión viva: los braceros", porque la burguesía y los braceros también forman parte de México y configuran o están contribuyendo a configurar el tipo del mexicano.

La insuficiencia de Cantinflas como tipo representativo del mexicano, no obstante la considerable área de la personalidad de base que él mismo pueda cubrir o de la *variatio* de la misma que él pueda representar, lleva a Garizurieta a un singular modo de investigar que —con suficiente cautela metodológica— podría producir frutos en el campo psico-sociológico no obstante el aparente descabellamiento del mismo. Se trata del estudio del tipo nacional al través de sus locos, ya que, según afirma Garizurieta "en el manicomio podría estudiarse, porque en los locos aparece como mirado con vidrio de aumento, el carácter del mexicano: en forma cómica o trágica, como si se tratara de una caricatura" y, de otra parte que "el artista y el loco son realistas,

pues exacerban sus sentimientos con raíces profundas en la realidad. El loco de la ciudad de México puede sentirse general, millonario o presidente de la República, pero de ninguna manera esquimal porque esto último está fuera de la esfera de su experiencia" Recordamos de pronto los estudios que Roger Bastide ha hecho en su *Psiquiatría Social* publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales en sus Cuadernos de Sociología y, al encontrar la coincidente aceptación de los marcos sociales de la locura y que podrían encaminar hacia la utilización heurística de los materiales que tal estudio podría proporcionar: sabidas las características generales de cada especie de locura, tomarlas como abstraendo, dejar al descubierto el contenido de realidad de que se nutren y las estructuras particulares que los mismos contenidos adoptan a fin de que, eliminada la deformación, se manifieste el tipo originario del que proceden.

En búsqueda también de la caracterización psico-sociológica del mexicano, Garizurieta niega que éste tenga "complejo de inferioridad", y, en cambio adscribe dicho complejo al norteamericano (respondiendo a una postura estereotípica si no a un estereotipo propiamente dicho, ¿quién sabe?), ya que "como el norteamericano ha creado una civilización que lo ahoga y acorta individualmente, su complejo de inferioridad individual se dispara colectivamente hacia lo grande: se transforma en complejo de superioridad y busca todo lo que sea grande: el edificio más grande, el puente más grande del mundo... etc." El mexicano tiene una timidez que le hace ocultarse "como no queriendo sobresalir, y que recurre a la "vacilada", manera negligente de no tomarse en serio, observación que se confirma no sólo con los varios casos de escritores y artistas mexicanos que cita en esta conexión, o con la mención del

hecho de que “en cierta ocasión, una editorial pidió a muchos hombres destacados en las ciencias y en las artes sus datos biográficos para que aparecieran en un diccionario enciclopédico, les mandaron su cuestionario para formar los ficheros y muy pocos fueron los que contestaron”, sino con el ejemplo vivo de él mismo que a lo largo de todos sus ensayos usa de un estilo desenfadado y un tono coloquial en los que ya como forma o ya al través del contenido se adivina —cuando no se muestra francamente— la burla de sí mismo, el no tomarse demasiado en cuenta; una suerte de ironía plástica que no deshace la compostura del rostro. Respecto del contenido puede decirse que en él, obrando con pericia de la que por desgracia carecemos, pueden bucearse algunas perlas.

DURAN, J.: *La Transformación Social del Conquistador*. Colección México y lo Mexicano (15). Porrúa y Obregón, S. A. México, 1953.

En forma inicial de la que puede llegar a ser indagación fructífera en la historia social de México (y de Hispanoamérica en general), Durán se ocupa de la manera en que el conquistador español, al enfrentarse a una realidad natural y social distinta de la suya originaria, y al verse precisado a adaptarse a ella, cambia su modo de ser y de actuar, y contribuye de tal modo a la configuración peculiar de la nueva sociedad que habría de surgir como producto de la Conquista, del contacto y de la unión de dos razas. Pero no es sólo esto lo que alcanza a ver el autor, ya que su visión nos hace compartir la de una sociedad que se explica en función de los patrones valorativos de la sociedad de procedencia de los conquistadores, por la extracción

socio-económica de los mismos, y por la psicología social de un grupo trasladado a un medio social distinto, si no desvinculado sí alejado de la sociedad matriz, sobre el cual obran más ligeramente los procedimientos coactivos de la misma y se exageran las tendencias por las cuales el individuo se relleva y destaca del resto del grupo.

Que el cambio no es algo que sólo se aprecia en la perspectiva histórica se pone de manifiesto por modos de conducta de los conquistadores y de sus hijos —primeros criollos— ante los peninsulares recién llegados; es, como destaca justamente Durán, algo más que una pugna de intereses, algo más que un celo frente al forastero, algo más que la oposición entre los antiguos moradores (“chaneques” de la historia antigua de México) frente a los recién llegados (“chichimecas” en esa misma historia antigua). Se trata en efecto de un sentimiento de distinción, de alteridad de criollos frente a peninsulares; es un sentirse “otra cosa” en carácter, maneras, ambiciones y costumbres “cosa muy natural, pues el criollo había nacido en una sociedad bastante diferente de la española, la cual deja en sus hijos la impronta de rasgos marcadamente propios”.

Mudanza o transformación de la conducta social es esa que se manifiesta en determinados modos como la práctica del comercio y la ejecución de labores manuales por los hidalgos conquistadores que, en fuerza de la necesidad prescinden o cambian los sistemas valorativos de la sociedad y la época a la que pertenecen, rechazando behaviorísticamente la devaluación del trabajo, tenido como afrentoso en la sociedad de origen en cuanto el mismo es trabajo material.

Y si la necesidad de herrar, sangrar o hacer labor de carpintero con las propias manos lleva al hidalgo a prescindir de valores que resultan estorbosos en las